

— Sin duda — repuso el viejo emperador.  
 — Entonces, permítame Vuestra Majestad que desempeñe bien mi cargo, ó de lo contrario, que ponga en sus manos mi dimisión.

Como es de suponer, la dimisión no fué aceptada, y la disciplina salió incólume del lance.



### CAPITULO III

Casamiento del príncipe Guillermo de Hohenzollern con la princesa Augusta Victoria de Schleswig-Holstein. — La leyenda y la historia de este enlace. — Servicio prestado por Victoria á la diplomacia prusiana. — Retrato físico y moral de esta princesa. — Bismarck, casamentero por sugestión. — La familia Schleswig. — Entrada solemne de la princesa Augusta Victoria en Berlín. — La profetisa de Dolzig. — Primeros años de matrimonio. — Vida económica. — Varias anécdotas. — Hábitos dispendiosos. — Intervención del emperador Guillermo I en los gastos de la princesa Augusta Victoria. — El ajuar de las princesas de Prusia.

En 27 de febrero de 1881, el príncipe Guillermo contrajo matrimonio con la princesa Augusta Victoria, hija mayor del duque Federico de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg, cuyos títulos eran más grandes que sus Estados, confiscados por la Prusia en 1866.

Los cónyuges eran primos en segundo ó tercer grado, y este parentesco les había permitido tratarse desde la más tierna infancia, pero, durante los años de estudios, se habían perdido de vista.

En 1879, los azares de un viaje llevaron al príncipe Guillermo al castillo de Primkenau, residencia del duque

de Schleswig-Holstein, y allí dió comienzo el amoroso idilio que había de terminar en boda.

Todos los pueblos tienden á buscar algo prodigioso en la vida de los grandes, y en Alemania, ese país clásico de las leyendas, no se concibe el menor hecho histórico sin un poco de poesía y de misterio.

El enlace de Guillermo con la princesa Augusta Victoria fué, pues, aderezado, según costumbre, con revelaciones más ó menos ficticias, pero llenas de gracia.

Cuentan, desde luego, que una tarde de verano muy calurosa, la joven princesa se había echado en una hamaca, colgada de dos árboles copudos, en la sombra más espesa del parque de Primkenau. Muellemente mecida y un poco embriagada por el perfume de las flores, no

1881 1886 tardó en adormecerse en una actitud lánguida y graciosa. En aquel momento, el príncipe Guillermo, que iba al castillo, cruzó la alameda inmediata. Vió á la hermosa durmiente, se acercó á ella poco á poco, sin ruido, y al verla sonreír, como en un sueño, no pudo menos de murmurar contemplándola:

—La bella del bosque durmiente.

De pronto, una de sus espuelas de plata chocó con una piedra, y á su ruido, la princesa despertó con sobresalto. Las miradas de ambos jóvenes se encontraron y se dijeron más cosas que sus labios, mudos de sorpresa y de emoción. Pero aquellas cosas, muy dulces y muy tiernas, fueron pronto repetidas en alta voz, y oídas por todo el mundo, pues aquella misma noche, en el salón del castillo, «la bella del bosque durmiente», aunque pudorosa, confesó reconocer en Guillermo al príncipe soñado, y poco tiempo después, se anunciaron oficialmente sus esponsales. Ocioso es decir que seme-

jante acontecimiento fué señalado como providencial.

Hasta aquí la crónica legendaria del imperial himeneo. La verdadera historia difiere algo de lo que precede.

En el citado año de 1879, el terrible canciller príncipe de Bismarck suplicó de una manera cortés, pero imperativa, al duque de Schleswig-Holstein, á quien había desposeído de sus estados, que enviase su hija mayor á Berlín, «porque su soberano—tal era el pretexto—deseaba ver si la muchacha reunía condiciones que pudiesen hacer de ella una esposa y una madre robusta.»

No habiendo podido impedir «el matrimonio inglés» entre el príncipe Federico y la hija de la reina Victoria, matrimonio que había tenido por consecuencia, en concepto de los prusianos, la corrupción de la sangre de los Brandeburgo por la de los güelfos escrofulosos, Bismarck había resuelto elegir para el presunto heredero de la corona una mujer bien constituida, capaz de perpetuar la raza al estilo alemán, sin que el número de hijos pudiese asustarla.

La joven princesa fué á Berlín, y conforme al precepto de Luis XV para la elección de esposas reales, fué examinada por dos médicos que la inspeccionaron cuidadosamente de pies á cabeza. Y aquel mismo Bismarck que, años antes, había puesto á precio la cabeza del padre, se puso á los pies de la hija.

En efecto, la princesa Victoria (á este nombre no se añadió el de Augusta hasta más tarde) prestaba un gran servicio á la diplomacia prusiana. Gracias á ella, no solamente desaparecía la posibilidad de otra alianza inglesa, sino que la unión de un Hohenzollern con una princesa de la casa destronada de Holstein, había de

producir buen efecto en los miembros ingleses y rusos de esta familia.

Al pronto, la joven princesa no dió de sí lo que en general se esperaba de ella. Á muchos les pareció algo torpe y presuntuosa, aunque otros ensalzaban su sencillez y su modestia.

Lo cierto es que, sin ser una beldad, no carecía de gracia, y se citan de ella frases que no suelen oírse en boca de personas desvanecidas por la grandeza.

Cuando el próximo advenimiento de su marido al trono parecía cuestión de días, dijo á varios individuos de la corte: «Sólo de pensarlo, tiemblo. ¡Éramos tan independientes y felices! Mi marido va á tener grandes responsabilidades, y me pertenecerá menos.»

En aquella esposa que temblaba por su felicidad conyugal, revivía la joven que, el día de su casamiento, había dicho, aludiendo á las rosas que cubrían su carrera:

—Es de presumir que no siempre marcharemos sobre flores; pero me consuela la idea de que el príncipe Guillermo piensa como yo y yo pienso como él; y estamos resueltos á soportarlo todo en común; de modo que lo que pueda sobrevenir de más pesado, nos parecerá ligero.»

Alta, esbelta, de rostro ovalado, de abundante cabellera rubia y hermosos ojos azules, personificaba, bastante bien, el tipo de la mujer alemana.

Le gustaba adornarse con ricas joyas, y vestía, si no con suprema elegancia, con una corrección de buen gusto. Sin embargo, su ajuar de novia fué de una modestia impropia de su posición.

Cuando llegó á la estación de Wildpark, situada á

cinco minutos del Palacio Nuevo en que residían los padres de su futuro esposo, esperaba allí un coche de la casa imperial. Según costumbre de la corte de Prusia, se habían enviado también varios camiones para transportar el equipaje de la joven princesa. Esta precaución fué inútil, pues el equipaje cabía en un carretón de mano.

La emperatriz Augusta, que siempre había censu-



Medalla conmemorativa del casamiento de Guillermo II

rado energicamente las anexiones de 1864 y 1866, se conmovió al enterarse de la pobreza de su futura nieta política, y maldijo una vez más á los gobernantes que habían destronado á tres príncipes, próximos parientes suyos.

El doble matrimonio (1) entre las casas Hohenzollern y Schleswig, era obra de la vieja soberana, aunque el canciller pretendió lo contrario. Sí, fué obra suya aquella justa compensación ofrecida á las hijas del duque Federico, una de las cuales pasaba á ser heredera de

(1) El hijo del príncipe Federico Carlos, sobrino del emperador Guillermo I, se casó con la hermana de la emperatriz Augusta Victoria.

la corona de Alemania, y la otra, esposa del más rico de los Hohenzollern.

Probablemente, Bismarck se dejó llevar de las sugerencias de la vieja emperatriz, que supo maniobrar con bastante habilidad para hacerle creer que la idea era de él.

El príncipe Augusto que, en 1863, tomó el título de Federico VIII de Schleswig, había sido reducido á la mayor pobreza.

Después de la paz de Nicolsburgo, el 26 de julio de 1866, retiróse con su familia á una modesta casita que había alquilado en Coburgo, donde la vida es muy barata.

Su esposa y sus hijas tuvieron que hacerse los vestidos en casa, y sus hijos fueron á la escuela, porque el duque no podía pagarles un preceptor.

Pero el desdichado Federico no perdió nunca las esperanzas de recuperar sus Estados, é hizo los mayores esfuerzos para ver si lograba el restablecimiento de su poder. Finalmente, la emperatriz Augusta y la reina Victoria, que no habían cesado de interesarse por su triste suerte, decidieron al emperador Guillermo á un compromiso en su favor. Nombróse una comisión en la cual estaban representadas ambas partes, y se acordó que el duque Federico renunciaría á todos sus derechos sobre los ducados del Elba, pero que, en cambio, se le darían dos yernos de alta importancia. Uno de éstos sería el hijo mayor del príncipe Federico que lo había vencido en Koeniggratz, borrando el nombre de Augustemburgo de la lista de las familias reinantes; y el otro, el hijo del príncipe Federico Carlos, de aquel «Príncipe Rojo» que mandaba el ejército prusiano durante la guerra de 1864 y le arrojó de sus Estados. Estipulóse, además,

que Su Alteza no tendría obligación de dotar á sus hijas. La joven princesa Victoria, la del modesto equipaje,



El príncipe Guillermo y Molke

hizo su entrada solemne en Berlín en una soberbia carroza dorada. En el momento en que el carruaje, tirado por ocho caballos, pasaba lentamente por debajo de la puerta de Brandeburgo, mezcláronse con las aclama-

ciones de los leales, algunos insultos dirigidos á la futura emperatriz por una turba de golfos. Las cosas amenazaban tener graves consecuencias, cuando la policía logró restablecer el orden.

Es de notar que el pueblo de Berlín ha sentido siempre el más profundo desprecio por sus soberanas; hasta la reina Luisa, superior á todas, fué maltratada por él. Sus altas cualidades no fueron reconocidas hasta muchos años después de haberla enterrado en el mausoleo de Carlottenburgo.

Durante la niñez de la princesa Augusta Victoria, su nodriza, una buena mujer, llamada Kruschwitz, soñó una noche que la humilde princesita que ella criaba á sus pechos, se le aparecía rodeada de luz, radiante de hermosura, con una diadema en la frente...

Nada podía hacer prever entonces un destino tan brillante para la niña que vivía, modestamente retirada, con su hermana y su madre, ora en Dolzig, su país natal, ora en Gotha, sin haber estado nunca en Berlín, y cuya familia, expoliada por la Prusia, no abrigaba sentimientos muy afectuosos para los vencedores.

El nombre de Bismarck era particularmente execrado en Schleswig-Holstein.

La buena señora Kruschwitz, oriunda de la Suiza francesa, compartía las enemistades de sus señores y se servía de aquel nombre para intimidar á la princesita.

— ¡Ahí viene Bismarck! — le decía con fingido espanto; y la niña que, de otro modo no quería ceder en tal ó cual capricho, se sometía medrosa.

Augusta Victoria tuvo siempre por la señora Kruschwitz el más sincero afecto. La llamó á Berlín para que



LA PRINCESA AUGUSTA VICTORIA, MADRE DEL NOVIO,  
DEL BRAZO DEL EMPERADOR GUILLERMO I

asistiese á las fiestas de su casamiento con su hermana de leche y un viejo sacristán que había asistido á su bautizo y le había enseñado las primeras letras.

Como regalo de boda, la excelente nodriza le ofreció una reliquia que guardaba preciosamente desde hacía años: los primeros zapatitos llevados por la princesa. Al ser introducida en palacio y encontrarse de pronto en medio de tanto lujo, deslumbrada, presa de indecible emoción, cayó de rodillas ante la novia que le sonreía, y sólo acertó á exclamar:

— ¡Oh! ¡mi sueño!... ¡mi sueño!...

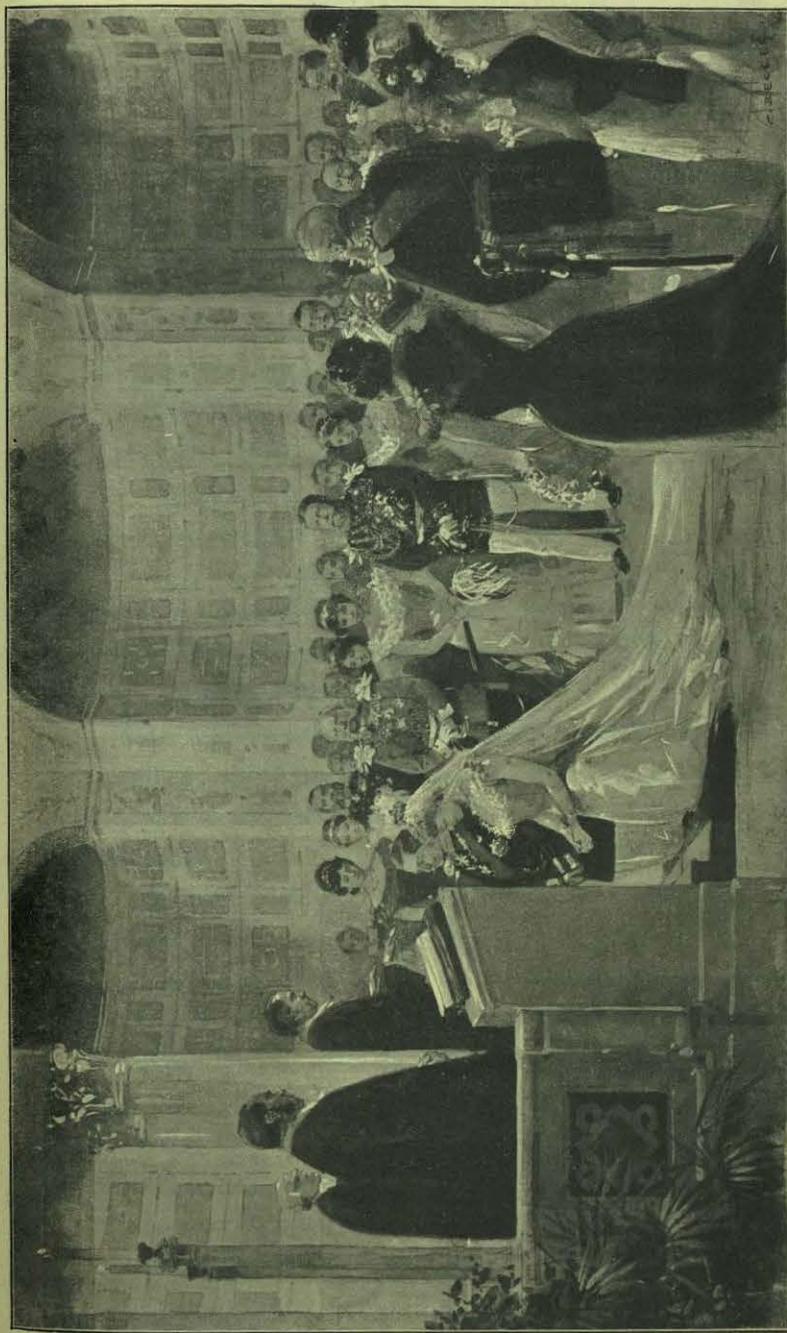
Confiada á las atenciones del mayordomo de palacio, comió en el regio alcázar, después de la ceremonia nupcial, con su hija y el viejo sacristán.

El padre del novio, el futuro emperador Federico III, fué, al final de la comida, á chocar el vaso con ellos, bebiendo «¡á la salud de la profetisa de Dolzig!»

Inmediatamente después de la boda, los novios marcharon á Potsdam, y ambos esposos llevaron allí una existencia casera de las más íntimas.

La princesa se ocupaba, sobre todo, en obras de caridad, y no tardó en tenerse que ocupar también en la educación de sus hijos, cuyo número iba á aumentar de año en año. Su tren de casa era muy modesto, pues la escasez de recursos les obligaba á vivir con estricta economía.

Cuentan, á este propósito, que, en 1886, el joven matrimonio fué á hacer una cura de aire en las montañas de Berchtesgaden. El emperador Guillermo I, que veraneaba entonces en Gastein, resolvió hacer una visita á sus nietos, que lo recibieron en Salzburgo. El viejo emperador preguntó á la princesa por su salud, y ella



BODA DEL PRÍNCIPE GUILLERMO CON LA PRINCESA AUGUSTA SCHLESWIG-HOLSTEIN (27 de febrero de 1881)

ponderó, en grado sumo, la beneficiosa influencia de la atmósfera alpestre.

—Me alegro mucho de ver que te encuentras bien, hija mía,—dijo Guillermo I.

Pero, en seguida, la princesa replicó:

—No tan bien, sin embargo, como yo quisiera, porque me falta una cosa esencial:

—¿Qué te falta?

—Mis hijos.

—¿Por qué no los has traído?

—Porque..., el viaje cuesta caro—contestó con cierto embarazo la princesa.

Guillermo I sabía, en efecto, que el hospedaje de los pequeños príncipes (que entonces eran tres) y de su séquito, debía costar mucho en un hotel de turistas. Así es que cambió de conversación.

Pero aquella misma noche, durante la comida, el emperador recibió un telegrama que leyó sonriéndose y lo entregó á su nieta, que estaba sentada á su lado, diciéndole:

—Telegrafíé á tus hijos, y van á venir; pero á mis expensas.

Otra anécdota revela la estrechez relativa en que el príncipe Guillermo y la princesa Augusta Victoria continuaban viviendo algunos años después, aunque prueba también que la falta de riqueza no les impedía ser felices.

Residían entonces en el palacio real de Berlín. El príncipe encontró un día en la calle á uno de sus discípulos de Cassel, perteneciente á una familia prusiana riquísima. Guillermo, que iba á caballo, se apeó, estrechó la mano á su antiguo camarada y le convidó á almorzar.

—Pero en familia, le dijo, sin ceremonias, porque un simple príncipe de Prusia no puede permitirse el tren de casa que lleváis los grandes señores de Cassel.

Y el almuerzo fué, en efecto, sencillísimo.

En el momento en que su convidado iba á retirarse, Guillermo le dijo:

—No quiero dejaros partir sin haberos enseñado también mis tesoros.

Y, añadió, dirigiéndose á su esposa:

—Hazme el favor de ir á buscar á los niños.

Al volver la princesa con sus tres hijos mayores, brilló tal felicidad en el rostro de ambos esposos que el señor de Cassel declaró más tarde conservar profundamente grabado en su memoria aquel delicioso cuadro de familia.

Durante los primeros tiempos de su matrimonio, la princesa Augusta Victoria vivió modestamente, sin gastar más de lo que permitían sus medios de fortuna. Pero después fué excediéndose poco á poco en los gastos, y ya en 1885, el viejo emperador Guillermo se creyó obligado á enviarle el ministro de la casa real para advertirle que se permitía dispendios demasiado extravagantes.

—Su Majestad—le declaró Herr von Schleinitz—me ha encargado recuerde á Vuestra Alteza Real que sus padres se vieron obligados, después de subir al trono, á contentarse con la pequeña renta que les tenían señalada durante la vida de Federico Guillermo IV.

Durante más de diez años, Federico Guillermo III y la reina Luisa se contentaron con una renta irrisoria, á fin de pagar las deudas más escandalosas de su real antecesor. La reina Luisa apenas recibía para alfileres

la quinta parte de lo que Vuestra Alteza puede gastar. Sin embargo, nunca contrajo deudas, á pesar de que siempre vistió muy bien, según las crónicas de la época.

—Pero,—replicó la princesa Augusta Victoria—estamos en 1885, y no en 1797.

—Mi noble señor—continuó el dignatario—ha tenido ya en consideración la diferencia que Vuestra Alteza acaba de señalar. De todas maneras vuestros dispendios no pueden continuar como hasta aquí. La emperatriz Augusta vendrá en vuestra ayuda una vez más, pero será la última. Si persistís en gastar más de lo que vuestros ingresos permiten,—repito las últimas palabras de Su Majestad,—el ministro de la casa real se encargará de vuestra pensión y ordenará vuestros gastos. En este caso,—concluyó Herr von Schleinitz en voz baja,—Vuestra Alteza Real no llegaría á percibir veinte marcos mensuales, porque la administración absorbería la mayor parte de las rentas señaladas por la gracia de Sus Majestades de Alemania y de Inglaterra.

Las personas iniciadas en la vida íntima de la princesa Augusta Victoria, se admiraban de su excesiva limpieza, como si fuese una cualidad excepcional, y la ponían por las nubes porque exigía sábanas limpias en su cama y se lavaba cada hora las manos con agua caliente.

La condesa de Eppinghoven afirma, en sus memorias, que los príncipes de la familia reinante de Prusia no deben tener más de seis camisas, y que el ajuar de las princesas nunca contiene más de veinticuatro unidades de cada prenda.

«Cuando salen á campaña,—dice el cronista Vehse—

los Hohenzollern no llevan nunca más de una docena de camisas.»

Aunque Carlyle pasó el detalle en silencio, consta que Federico el Grande fué enterrado con una camisa dada por su ayuda de cámara, porque ninguna de las de Su Majestad era bastante decente.

No hay costurera en Berlín ni en Potsdam que desconozca la mezquindad de los ajuares de las princesas de Prusia. Cuando la emperatriz Victoria casó á sus dos hijas menores, hizo añadir al ajuar seis pares de pantalones negros para montar. Y al ser expuestos en el escaparate de una tienda de la capital, los famosos pantalones negros revolucionaron á la sociedad berlinesa.

El *trousseau* de la princesa Augusta Victoria era también mezquino.

Aparte de las enaguas blancas, indispensables para los trajes de corte, apenas tenía la ropa blanca necesaria para ponerse de una colada á la otra, y cuando viajaba, necesitaba con frecuencia recurrir á alguna lencería local, con asombro de los tenderos.

La modestia de su ajuar corría parejas con la de su carácter, y, consagrada á sus deberes de esposa y de madre, se contentaba con desempeñar en la corte su papel, bastante humilde, sin hacer uso de la influencia que ejercía sobre su marido, más que en las cuestiones domésticas y en la vida íntima.



#### CAPITULO IV

Guillermo I y Bismarck. - El heredero inmediato del trono. - Atentado contra el emperador Guillermo. - El príncipe Federico, teniente del reino. - Bismarck y sus servidores toman precauciones contra el futuro emperador. - Tentativa del príncipe Guillermo para suplantar á su padre, en connivencia con Bismarck. - Mortal enfermedad del kronprinz. - Una bofetada histórica. - El príncipe Guillermo en San Remo. - Famosa contienda entre médicos alemanes é ingleses. - Muerte de Guillermo I. - Proclamación de Federico III. - Violenta campaña contra el nuevo emperador y en favor del nuevo kronprinz. - Triunfo anticipado de Guillermo. - Breve reinado de Federico. - Un brindis del príncipe imperial. - Martirio y muerte del emperador Federico. - Principio del reinado de Guillermo II.

Pasaban los años, y el anciano emperador Guillermo I, después de haber vencido al Austria y á la Francia, parecía haber dominado definitivamente á la muerte.

Reinaba en la majestad de su gloria y de su senectud, y Bismarck, ahorrando á su amo y á sí mismo la fatiga de inútiles formas, gobernaba como si hubiese sido el soberano.

¿Qué pensaban la Prusia y la Alemania del heredero inmediato que envejecía al lado del trono?